que Inglaterra y América darían o ven-
an la simiente necesaria para la siem-
ra próxima. Esta simiente hubiera sido
ribuída casi en su totalidad por las to-
s existentes organizaciones *no guberna-
tales*. Pero... la simiente no vino. En
ar de ella, la Entente suministró armas
do el que aseguró que con unos cuantos
s de hombres podía derribarse el régi-
n soviético.

Tengamos ahora a la parte que correspon-
a las condiciones climatológicas en estas
bres. La sequía realmente comenzó ha-
cuatro años. Rusia entró entonces en una
a" seca, zona que se repite con intermi-
cias de siete, trece y treinta y tres años.
si no me engaño, es un año treinta y
cosa importante de tener en cuenta,
aunque quitás este año el distrito del
a sufrirá menos, alguna otra región, en
bio, sufrirá más.

Durante la primavera y el verano de 1920,
parienta mía residente en el gobierno
Rjazán (provincia central de Rusia) fe-
un registro diario de las condiciones me-
rológicas. Las observaciones fueron de
n valor, pues lo mismo había hecho en
91, el año del hambre peor que Rusia ha-
conocido hasta la presente. Las condi-
nes eran *idénticas*, salvo que la lluvia ca-
1920 seis días antes que en 1891. Me-
s enteros de sequía habían precedido a esta
via fugaz.

De manera que, aun sin el Gobierno de
Soviets, el año de 1921 habría sido mar-
do por unas hambres terribles.

Pero, aunque debido a las requisiciones
grano y de bestiaje el área sembrada
bía disminuído, este no fué el mayor eri-
en del Gobierno. Mucho peor fué la con-
ma imposición sobre la ya mermada ca-
cidad trabajadora del campesino de ta-
as de todas clases: carta de leña, trans-
rtes, reparación de los caminos, etc. Es-
trabajos forzados disminuyeron hacia
21, pero en 1920 se personalizaron de ca-
en que campesinos propietarios de un
ballo trabajaron para el Gobierno *diez y
te días al mes*. Si se tiene en cuenta la
lta de trabajadores; que el caballo tiene
e ser alimentado, y bien, para un trabajo
rdo; que si una rueda se rompe cuesta cien-
s de miles de rublos el cambiarla; que las
eraduras y los clavos son casi imposibles
obtener; que cada cosa que posee el cam-
sino es la *última*, sin esperanza de reno-
rse; se podrá formar alguna idea de lo
e este trabajo obligatorio significa.

Sin embargo, todo esto es nada, junto al
rimen perpetrado por el Gobierno al des-
uir todas aquellas organizaciones que ser-
an al campesino para *ayudarse a sí pro-
io* frente a las adversidades, y por medio
e las cuales podría haber combatido los
ectos desastrosos de la guerra, de la se-
uía y, más tarde, de las despiadadas requi-
iones de los primeros años del régimen
oviético, efectos que ese mismo régimen
abía de intentar modificar después, apresu-
adamente, sin conseguirlo.

Ante todo, nos encontramos con las orga-
izaciones cooperativas. Las coloco primero
orque los Zemstvos (o Concejos rurales),
unque desempeñaban un importante papel
n la vida campesina, probando y distribu-
endo la simiente, aconsejando técnicamente
n las materias agrícolas, ocupándose de es-
adística, etc., hubieran podido hasta cierto
unto, bajo el régimen actual, ser sustituí-
os por las Sociedades cooperativas, en tan-
to que éstas, como ha demostrado la expe-
iencia, *no pueden* ser reemplazadas. Claro
que, para todo el que no esté poseído por ese
ocialismo disciplinario del partido Comu-
ista, el único medio de restablecer la nor-
alidad de la vida campesina es, entre otras
osas, la resurrección de los Zemstvos. Des-
raciadamente, gran número de los ardientes
idealistas que formaban la mayoría de los
Zemstvos, y que con los adheridos al mo-
vimiento cooperativo eran los únicos que te-
nían esa experiencia práctica de la vida ru-
al que tan precisa es para tratar con los
campesinos, han sido exterminados por el
régimen sovietista. O se han muerto de mise-
ria, o han sido fusilados como "contrarrevo-
lucionarios", aun cuando su "actividad con-
trarrevolucionaria" no haya ido más allá de
predecir el fracaso de las medidas implanta-
das, *y más tarde condenadas* por el Gobierno
de los Soviets.

El movimiento cooperativo desempeñaba
un papel aun más importante y creciente en
la vida del campesino. Su mayor desarrollo
tuvo lugar durante los años inmediatamente
anteriores a la guerra—aunque entonces el
Gobierno zarista le pusiera bastantes tra-
bas—y durante la guerra misma. En enero
de 1918, las cooperativas contaban con
9.000.000 de asociados, y 25.000 sucursales.
Cada una de éstas era además un centro de
enseñanza, donde se daban clases y confe-
rencias especiales para niños y para adultos.
Y donde había bibliotecas y librerías agríco-
las excelentemente surtidas. En 1917 las
cooperativas habían llevado a cabo negocios
por valor de 200.000.000 de rublos, y en 1918
el capital invertido ascendía a 75.000.000.
Todo el mundo creía que la Revolución daría
impulso a este movimiento, cuyo fin principi-
pal era sostener y ayudar a los pequeños pro-
pietarios. Este mismo pequeño propietario
que, después de los tres años de persecución,
el Gobierno de los Soviets se ha visto obliga-
do a reconocer como la entidad más tenaz,
productora y sana de la clase campesina. Pe-
ro el movimiento cooperativo no sólo asistía
al pequeño propietario. De una manera o de
otra, hasta que los Soviets destruyeron por
completo el movimiento cooperativo, conser-
vando sólo una forma muerta y sin alma (y
esto a fin de embaucar a los trabajadores de
Occidente), cuya única actividad era distri-
buir lo que el Gobierno daba a la población
—patatas podridas o polvo de dientes.—las
cooperativas se las arreglaron a costa de
infinitos trabajos, que tienen bastante de
mágico, para obtener y dar a los campesinos
algo de lo que más necesitaban. Dando no
había medios disponibles de comunicación,
ellas organizaban sus propios transportes,
con caballos y bueyes, y los campesinos tra-
bajaban para ellas voluntariamente, pues
ofrecían precios más equitativos que el Go-
bierno, que muchas veces no daba ningu-
no y subían lo que el campesino necesitaba,
arreglándoselas para procurar simiente cuan-
do ésta era necesaria y no en un momento
en que lo que hacía falta eran clavos o mi-
tones de piel. La prueba más rotunda de
esta capacidad de las cooperativas para ayu-
dar al campesino la tenemos en que una
parte del mismo Gobierno, impresionada por
el hecho, evidente, comisionó a Kamenett
(Presidente del Soviet de Moscou) para que
trazase un proyecto por el cual todo el apa-
rato económico (no el industrial, ni el técni-
co) fuese puesto en manos de las organiza-
ciones cooperativas. El Gobierno retendría
ciertos monopolios, pero aun ellos productos
serían las cooperativas quienes los recaudase-
sen con arreglo a la tarifa. Toda la organi-
zación de la producción, recaudación y dis-
tribución de los demás productos y artículos
de primera necesidad, quedaría confiada a
las cooperativas. El proyecto no prosperó
debido a la oposición de los "extremistas".

La tenacidad con que los mismos campe-
sinos se apegan a ser fe en el movimiento
cooperativo, es patética e instructiva. Al
igual que sus tentativas para organizar un
"partido independiente" (la mayoría de los
campesinos que han entrado en los Soviets
locales son *independientes*, es decir, que no
están afiliados a ningún partido), brota de
la convicción firmemente arraigada de que
el Gobierno no los entiende, y que, por con-
siguiente, les es preciso agruparse si quie-
ren encontrar, frente al Gobierno, un *mo-
dus vivendi*. Todo es, pues, una cuestión
de adaptabilidad. Esta, las cooperativas y
los Zemstvos, debida a su sentido común,
experiencia y honradez, la tenían. El Go-
bierno, en cambio, con sus métodos y sus
hombres doctrinarios, inexpertos y violen-
tos, no la tiene. Y de la restauración del
movimiento cooperativo a su estado ante-
rior, dirigido por *verdaderos* cooperadores,
y no por empleados incompetentes comunis-
tas, depende casi exclusivamente la posibili-
dad de evitar una repetición, o una continua-
ción de la actual catástrofe del Volga.

La cuestión de salvar las provincias del
Volga tiene que ser resuelta, pues, como
ya se ha dicho una y otra vez: Europa *no
puede* excusar su ayuda. No solamente son
las provincias atacadas un inmenso "grane-
ro", sino que su población tiene una enor-
me importancia en la vida industrial de
Rusia. Toda la mano de obra de las fábri-
cas de Saratoff y Samara venía de allí, y
éstos eran distritos fabriles en vías de gran
desarrollo. Compréndese lo que la despo-
blación de estas provincias significa. Como
son ricas y fértiles, seguramente vendrán co-
lonizadores. Ya tenemos precedentes. Ven-
drán de Alemania y de Asia: cosa que, po-
líticamente, viene a redundar en la misma.
El punto es demasiado serio para poder pa-
sarlo a la ligera. En otro artículo hemos de
volver sobre él.

La cuestión final de los transportes en
cuanto afectan al hambre ha sido tantas ve-
ces y tan a fondo tratada, que no es preciso
entrar en detalles. La cuestión de socorrer
a las provincias del Volga, tanto los extran-
jeros como el mismo Gobierno de los Soviets,
depende hoy casi enteramente de esta cues-
tión de transportes. Y el aspecto verdadera-
mente importante del problema es la abso-
luta imposibilidad de resolverlo con los me-
dios hasta hoy empleados por el régimen so-
vietista.

Londres, abril.

¡Solo en chiste!...

Jamás hemos visto hombres luchando con una adversidad mayor que los comunistas. Debían estar desorientados; pero aún les queda gana de hablar, y de ayudarse, como los condenados, con una sonrisa, o echándolo a chiste todo. La venida a Génova de Tchicherin ha sido fatal para ellos. Por una parte, no tienen ejemplo ni fundamento mejor que los hombres del partido comunista ruso. Por otra parte, Tchicherin ha producido tales gestos de inesperada obsecuencia, que serán muy políticos, muy diplomáticos sin duda, pero que sólo en chiste podían pasar como revolucionarios. Los comunistas se han dado cuenta, y así han elaborado una personalidad chistosa de Tchicherin. A desenvolver ésta se han aplicado, recogiendo todo lo que les aplastaba, y diciendo: "¡Eh!... ¿qué tal esta gracia?"... Y han procurado reir a carcajadas; pero su voz no era firme. ¿Y cómo había de serlo la de ninguno que se ve obligado a elaborar una personalidad chistosa de su jefe, porque sus cosas sólo en chiste pueden pasar?

Este Tchicherin parece que se hubiera puesto a trabajar a propósito contra los comunistas locales. Un día, critican estos a D'Aragona, que va a visitar y ponerse de acuerdo con D'Annunzio. Al siguiente va Tchicherin. Y así, todo. Ahora, Tchicherin ha regalado cigarreras de oro y de plata y retratos y autógrafos a los comisarios de policía que cuidaron de su persona en Génova. Por contra, algún burgués hará iguales regalos a los policías del soviet que defiendan su persona, o aún solamente sus intereses, en Rusia. Se dirá que este es otro chiste, otra gracia de Tchicherin. Tchicherin, sin embargo, es el jefe, el ejemplo y el fundamento del partido comunista. Y al ir a echarle mano — como la echan — a un obrero comunista, le dirá con mucha razón uno de estos comisarios: "He aquí la taba-quera, el retrato, el autógrafo de Tchicherin. ¿Qué tiene usted? Marche preso y no me conteste, pues soy yo y no es usted quien posee estas cosas de su jefe!" Todo esto, es claro, será en italiano, y puede encargarse otro de traducirlo...

En suma, los comunistas mismos se han adelantado: como revolucionario, sólo en chiste Tchicherin puede pasar. Que es lo que nosotros decimos también: sólo en chiste, sólo en chiste puede pasar. Si los comunistas locales no hubiesen visitado a D'Anunzio como D'Aragona, y Tchicherin lo ha hecho, pues solo en chiste también es éste más revolucionario que los comunistas locales.

Kropotkine y el movimiento obrero judío

Quien visite por primera vez las angostas y tortuosas calles del barrio de inmigrantes judíos en la parte Este de Londres, que se extiende desde Bishopsgate hasta Bons y desde Bethnal Green hasta la zona de los diques, será extrañadamente impresionado por su original aspecto, que se destaca tan notablemente de lo ordinario de las calles londinenses y sobre el cual parece extenderse una atmósfera muy especial.

Involuntariamente se olvida uno que está en Londres y se cree trasladado a un mundo lejano. En manera alguna es edificante el espectáculo de ese dédalo de calles en el cual sólo sabe orientarse el iniciado, con su población exótica y los sombríos estigmas de la miseria proletaria que el visitante abandona con una sensación de alivio. Pero pocos son los que saben que tras las negruzcas paredes en las que el tiempo ha hecho estragos, no vive sólo la aflicción sino que también anda allí un idealismo esperanzoso, dispuesto a todo sacrificio, como se hallará pocas veces. Yo he vivido diez y ocho años en este mundo particular, a donde me llevó la casualidad y donde recibí las impresiones más fuertes e indelebles de mi vida.

El noventa por ciento de la población de esa barriada está constituído por proletarios judíos de Rusia y Polonia, que por las persecuciones inhumanas del viejo sistema zarista fueron arrojados de su patria y encontraron aquí un refugio. Crearon nuevas industrias, principalmente en la sastrería de confección, para poder pasar su humilde existencia en país extraño. Y fué en este curioso ambiente donde un pequeño núcleo de intelectuales desenvolvió hace cuarenta años un movimiento obrero socialista, cuya historia aún no ha sido escrita pero que acaso constituya uno de los capítulos más interesantes del movimiento obrero internacional. Allí se fundó hace treinta y cinco años el "Arbeiter Freind", que junto con "Les Temps Nouveaux" de París y el "Freedom" londinense, es el más viejo periódico anarquista que todavía se publica. Pero no es éste el lugar para que nos ocupemos de la accidentada y árdua historia del movimiento anarquista judío; sólo nos interesa aquí la relación que con ella tuvo Pedro Kropotkin.

Para los inmigrantes del barrio Este era el nombre de Kropotkin una especie de símbolo. Nadie ha influído tanto como él en el desenvolvimiento del movimiento obrero judío. Sus escritos constituyen la verdadera base de la educación socialista de la clase obrera judía y fueron difundidos en muchos miles de ejemplares. Para hacer posible la edición de esos libros, los distintos grupos, principalmente el del "Arbeiter Freind", desarrollaron una acción de sacrificio y de abnegación como no lo he encontrado jamás. Se daba efectivamente lo último, en la acepción más atrevida de la palabra. Había una verdadera rivalidad en el sacrificio y la solidaridad. Nadie dejaba superarse por los demás. Mujeres jóvenes que bajo el mal reputado sistema del *sweating* (a destajo), ganaban penosamente sus diez y ocho chelines a la semana, daban regularmente su óbolo para la causa común y contribuían con lo último para no quedar a la zaga de sus correligionarios masculinos. En esta forma el mencionado grupo pudo, en un término que alcanza a tres años, editar cerca de medio millón de libros y folletos, entre ellos muchas obras de algunos centenares de páginas, como las "Palabras de un rebelde"... "La conquista del pan", de Kropotkin; las "Memorias" de la Luisa Michel; "La sociedad moribunda", de Grave y una serie más.

Puede decirse que Londres fué la escuela donde los recién llegados de Rusia y Polonia, empujados hacia Inglaterra por la incesante corriente emigratoria, fueron ganados para las nuevas ideas y desde allí la propaganda se expandió a todos los países. La desocupación, las penurias materiales, y muchas veces aquel instinto andariego que constituye la segunda naturaleza de muchos proletarios judíos, llevó a centenares de camaradas de Londres a Francia, Bélgica, Alemania, Egipto, Sud Africa, Australia y a la América del Norte y del Sud. Pero la mayoría de ellos quedaban en contacto permanente con el movimiento londinense y desarrollaban en su nueva órbita una incansable actividad hasta que allí también surgieron grupos dedicados a la propaganda anarquista entre los inmigrantes. Al mismo tiempo prestaban ayuda financiera a los camaradas de Londres para que pudieran continuar su labor.

Pero Kropotkin no sólo ejerció su influencia sobre el movimiento obrero judío en Inglaterra por sus escritos, sino que estaba también personalmente muy vinculado a él y se interesó vivamente en sus luchas y empresas. Cuando después de salir de la posición de Clairveaux, se trasladó a Londres, en 1886, era huésped frecuente en el Berner Street Club, entonces centro espiritual del movimiento obrero israelita en Londres. Después, cuando su crónico mal cardíaco le imposibilitaba cada vez más concurrir a las asambleas públicas, también sus visitas al barrio Este disminuyeron; pero el contacto espiritual entre él y el movimiento judío persistió y reasumió, especialmente con el desarrollo del movimiento anarquista en Rusia, formas muy regulares. Durante los primeros años del presente siglo muchos camaradas de Londres volvieron a Rusia para activar en círculos secretos la difusión de las ideas anarquistas. Muchos de ellos murieron allí a manos del verdugo y muchos fueron sepultados por largos años en las cárceles de Rusia y Siberia.

Estableciéronse vinculaciones secretas entre Londres y Rusia, que fueron mantenidas por una activa correspondencia y por emisarios secretos. Una enorme cantidad de libros en ruso e idisch se introdujo clandestinamente a Rusia desde Londres, para ayudar a los camaradas de allí en su infatigable actividad. Para fomentar el movimiento en Rusia se fundó más tarde el "Pleb y Volia" (Pan y Libertad), encabezado por Kropotkin.

En Inglaterra mismo el movimiento judío adquirió enorme incremento, principalmente antes y después de la revolución de 1905. Los sindicatos judíos en los cuales los anarquistas trabajaban incansablemente se desarrollaron con vigor. Grandes movimientos huelguísticos sacudían hasta lo más profundo el barrio de inmigrantes y la agitación anarquista asumió proporciones nunca vistas. En esa época, el "viejo", como se le llamaba a Kropotkin en los círculos obreros israelitas, venía más a menudo al barrio Este, y hasta hablaba en reuniones, a pesar de habérselo prohibido severamente el médico. Recuerdo especialmente una asamblea que se realizó en diciembre de 1905, en el aniversario de los decabristas, en nuestro Club de Jubilee Street, y que dejó en mi indeleble impresión. Kropotkin era uno de los oradores de la velada. Para evitar una afluencia excesiva habíamos prescindido de toda invitación pública, como que la señora de Kropotkin nos había encarecido que tuviéramos consideración al estado del viejo. Pero la noticia se propagó con la rapidez del rayo. Cuando llegó la noche, la gran sala y la galería rebosaban de gente, y muchos centenares de personas debieron volver por no haber podido entrar; Kropotkin fué recibido con enorme entusiasmo. Su voz temblaba ligeramente cuando comenzó a hablar. Era, cual si un flúido misterioso partiera de ese hombre, llegando a lo más íntimo de los oyentes.

He oído muchas veces hablar a Kropotkin, pero sólo una vez había recibido una impresión como la de la asamblea del Jubilee Street Club.

Fué en una demostración, en Hyde Park, para protestar contra los vergonzosos crímenes de Kischinev.

La terrible tragedia de Kischinev, que fué directamente organizada por el gobierno ruso, causó una enorme impresión entre los habitantes de East End. Las organizaciones de todos los partidos y tendencias se reunieron en una conferencia, que organizó esa demostración. Fué una de las más impresionantes demostraciones que ha presenciado Londres. Muchos millares de obreros judíos marcharon desde Mail End hasta Hyde Park. Toda una serie de eminentes oradores de todas las tendencias fustigaron con amargura la horrenda política sanguinaria del criminal von Pleve.

Cuando Kropotkin llegó a la esquina de Hyde Park, fué saludado por una gran masa de obreros judíos, que rodearon a su "viejecito" y lo condujeron al lugar de la asamblea. Allí fué llevado con todo cuidado a la tribuna donde lo esperaban los otros oradores. Cuando comenzó a hablar volví a oír en su voz el temblor característico que siempre me había impresionado profundamente. Después de algunos minutos su voz se hizo más fuerte y más clara. Sus palabras fueron una acusación fogosa contra el régimen sanguinario de los opresores rusos y cada palabra parecía un golpe de martillo.

La bondad, que daba siempre a su semblante una expresión tan extraordinaria, había desaparecido. Sus ojos brillaban y la blanca barba temblaba al parecer ante una sensación vigorosa. Hacia la impresión de un profeta que despierta la conciencia de su pueblo. Cada palabra venía del alma y encontraba un inmenso eco en los corazones de aquellos millares de hombres que se hallaban como aferrados a los sitios que ocupaban y bían las palabras en sus labios.

Cuando terminó su discurso, todo su cuerpo temblaba de intensa excitación; su cara estaba extraordinariamente pálida. Los que le oyeron hablar aquella vez, jamás se olvidarán de esa impresión.

En 1911 estalló la gran huelga de sastres de East End. La huelga comenzó como acto de simpatía para ayudar a los obreros sastres de West End, que desde hacía varias semanas estaban en la brega. Pero durante el transcurso de la lucha adquirió el carácter de huelga contra el sistema "sweating" y adquirió formas gigantescas. Cerca de diez mil obreros se hallaban en lucha. Durante seis semanas trabajábamos día y noche. El compañero Schapira informaba al viejo de todo cuanto ocurría, pues yo me hallaba muy ocupado. En cuanto la huelga pasó, recibí de él una carta en la cual me invitaba que fuera a verlo. Después de algunos días lo fuí a visitar. Lo informé sobre todos los detalles del gran movimiento. De cómo comenzó y se desenvolvió y cómo después de una difícil y amarga lucha concluyó con un triunfo completo de los obreros.

Fué una verdadera huelga de hambre. Dinero no había; apenas si se podía pagar a los huelguistas cuatro, seis u ocho chelines por semana.

En muchos clubs obreros se hicieron cocinas colectivas. El gremio de panaderos hacía pan para los huelguistas. Los obreros cigarreros les suministraban cigarrillos; fueron empleados todos los medios de la acción directa y muchos obreros fueron arrestados. Al último ya no había medios para continuar. Eran las doce de la noche cuando en el Teatro Pavilión tenía lugar la gran asamblea que debía decidir si se continuaba o no con la huelga. El teatro estaba repleto. Muchas mujeres estaban con sus maridos. Cuando llegó la cuestión de concluir la huelga, toda la asamblea como un sólo hombre gritó: ¡No! ¡No! y se produjo un enorme tumulto. Era el triunfo. Enseguida después de la asamblea, la Asociación Patronal se dividió y los obreros no habían sufrido en vano.

Todo se lo relaté al viejo. El escuchaba mis palabras con la mayor atención y hacía anotaciones. Y cuando le dije que estos mismos obreros judíos, que recién habían terminado una lucha gigantesca, cumplían un deber de solidaridad al tomar algunos centenares de niños de los obreros portuarios en huelga, para así facilitarles en su lucha desesperada contra Lord Devenport, le asomaron lágrimas a los ojos y en silencio me apretó la mano. Ambos callábamos. Después le dije: ¡Creo que es también una hermosa contribución al capítulo de ayuda mútua!...

¡Seguro! ¡Seguro! — contestó — ¡y mientras vivan en las masas fuerzas así, no hay ningún motivo para dudar del porvenir!

Podría relatar más episodios interesantes para ilustrar las estrechas relaciones entre Kropotkin y el movimiento obrero judío; pero es suficiente.

Cuando conmemoramos el 70 aniversario del natalicio del viejo con una brillante asamblea en el Teatro Pavilión, donde oradores de todas las tendencias y partidos tomaron la palabra, dijo Bernard Shaw en su discurso: "Creo que de todas las manifestaciones que se realicen para expresar a Kropotkin afecto y simpatía, ninguna le será tan cara como este sábado de los proletarios judíos de East End".

No sé si Shaw conocía las relaciones de Kropotkin con el proletariado judío, pero sus palabras acertaron en lo justo.

Rodolfo Rocker.